

LAS IMPLICACIONES DEL EXPERIMENTO DE ALEXANDER BAVELAS.

Sánchez, G. El chismorreo social y la concepción del orden del mundo. *Salud Extremadura*.2009;65:5

En 1970, Alexander Bavelas hizo uno de los experimentos más inteligentes del siglo en la Universidad de Stanford (California), sobre la construcción mental de la realidad al interiorizar ingredientes de observación aleatoriamente verdaderos o falsos.

El experimento se hizo sobre muchos pares de personas entre 20 y 25 años que no tuvieran conocimientos previos de patología celular a través de tinciones histológicas.

En la pared de una sala había una pantalla que recibía las imágenes de un proyector de diapositivas. "A" y "B" se sentaban en sendos pupitres de frente a la pantalla, pero estaban separados por un biombo opaco de modo que no podían verse, y tenían prohibido hablar entre sí. Cada pupitre estaba provisto de dos luces en el extremo superior, una que cuando se encendía decía "verdadero" y otra que decía "falso", y dos botones en su parte media que podían presionarse con un dedo, uno cuando quería elegirse "célula sana" y el otro cuando "célula enferma".

El experimento se presentó como una prueba de eficacia del aprendizaje, en el que aleatoriamente se iban a proyectar cien diapositivas con tinciones de células sanas o enfermas. Con medio minuto de exposición por diapositiva, "A" y "B", a través de la estrategia de aprendizaje ensayo y error, tenían que encontrar poco a poco un patrón que distinguiese a las células sanas de las enfermas. Después de observar atentamente la primera diapositiva debían intentar acertar presionando el botón de célula sana o célula enferma. Naturalmente, la primera se acertaba o fallaba por casualidad, y a partir de la segunda el sujeto iba mejorando porque paulatinamente iba construyéndose su particular patrón mental de formas, colores y proporciones. Si al principio acertaba muy pocas, al final acertaba casi todas.

Pero el experimento en realidad era otro mucho más profundo, y para facilitar la comprensión llamemos *Vio Bien* al primer participante y *Vio Mal* al segundo, porque Alexander Bavelas quería saber qué patrón mental se construía el aprendiz *Vio Mal* cuando no tenía acceso a la información correcta. Para ello *Vio Bien* recibía información exacta de sus aciertos y errores a través de sus luces de verdadero y falso, y, en cambio, a *Vio Mal*, sin saberlo, se le iluminaba la misma luz que se le estaba encendiendo al otro y no la de su propia respuesta, con lo que no tenía acceso las claves que le permitieran desentrañar la realidad observada.

"La naturaleza aborrece el vacío", decía Spinoza en el siglo XVII, el filósofo que entendió la influencia de las emociones sobre la racionalidad, y ambas en la construcción mental de la realidad, a diferencia de Descartes, que sólo confiaba en la segunda. Dicho en

términos actuales, con esa frase Spinoza se refería a que la naturaleza parece interesada en encontrar un orden de las cosas, y la mente humana, para bien y para mal, también. La mente se construye su orden con los ingredientes de los que se informa; si éstos son buenos lo hará de una manera, y si son malos lo hará de otra, que sin ninguna duda será peor en relación con la anterior.

Pero volvamos al experimento. Al terminar la prueba, en la que *Vio Bien* sumó un porcentaje de aciertos superior al de *Vio Mal*, se pidió a ambos que hablaran entre sí y que se comunicaran los patrones cuyo orden habían ido intuyendo para distinguir entre células sanas y enfermas. Las explicaciones de *Vio Bien* fueron normalmente cortas y precisas. Las de *Vio Mal*, por el contrario, fueron largas y ambiguas, transmitiendo contradicciones ocultas.

Para mitigar la desazón creada por la desinformación, *Vio Mal* tuvo que construirse un inestable y contradictorio “orden cogido con alfileres”. Si durante un tiempo *Vio Mal* funcionaba en varias situaciones con esa pseudoexplicación, cualquier información correcta adicional que fuera contraria a su particular constructo mental, lo más probable era que no diese lugar a un cambio cualitativo de explicación, sino a una reelaboración más refinada y complicada de su inicial pseudoexplicación. Cuanto más incrustaba en su mente su pseudoexplicación ampliada, menor era la posibilidad de exponerse a confrontación con los hechos reales.

Paradójicamente en la mayoría de las ocasiones en las que se repitió el experimento, *Vio Bien* se sentía impresionado por las complicadas (y absurdas) explicaciones del orden encontrado por *Vio Mal*. Hasta ese momento ninguno de los dos sabía que estaban hablando de dos realidades distintas, e inesperadamente *Vio Bien* comenzaba a creer que lo simple de su orden era menos bueno que el místicamente articulado “orden del otro”. Y cuando a continuación se les preguntaba quién acertaría más al repetir la prueba, todos los *Vio Mal* y la mayor parte de los *Vio Bien* contestaban que sería *Vio Mal*. Y, efectivamente, así solía ser, porque *Vio Bien*, habiendo interiorizado parte de las abstrusas explicaciones de *Vio Mal*, erraba más que la primera vez.

Lo dramático no es ser *Vio Mal* (que eso lo somos todos en mayor o menor medida); lo dramático es ser *Vio Mal* y no saberse *Vio Mal*, lo que hace imposible dejarse ayudar para ser menos *Vio Mal*. Más dramático aún es no saberse *Vio Mal* creyendo ser *Vio Bien*.

El experimento tiene múltiples aplicaciones en los conflictos sociales, en psicología clínica y en pedagogía.

El chismorre social se caracteriza, entre otros inadvertidos sesgos, por la simplificación pueril, el victimismo y el presentismo, malos ingredientes de los que muchas personas se informan para construirse “su particular concepción del orden del mundo que rige

para sí y los demás". Imagínese el manantial de conflictos en un pequeño grupo social apiñado en el que hay todo un espectro de individuos que van desde el "poco *Vio Mal*" al "muy *Vio Mal*". Imagínese el estrés que acumula un individuo "poco *Vio Mal*" cuando en el grupo prevalece lo "muy *Vio Mal*".

En psicología clínica, el esfuerzo que deberá hacer el terapeuta en las 30 sesiones semanales de terapia cognitivo-conductual será proporcionalmente mayor cuanto más distorsiones cognitivas estén incrustadas en el particular orden del mundo que se ha construido el "muy *Vio Mal*".

En la formación biomédica, imagínese cuando un individuo hace un descubrimiento menor (de esos que no revolucionan el paradigma científico) que explica las anomalías del cuasiperfecto orden construido por un grupo dominante, al que debe su prestigio y reconocimiento. Pues bien, cuanto más comprometido se esté con la creencia, más probable es la reelaboración sofisticada y menos la rectificación.

Galo Sánchez, 23-sep-2009